Una fuente infinita

10.11.2026

Gerardo Máximo García



Candelaria Silvestro. (2002). Agradeciendo a Millet.

Nada recordaba de mi pueblo, solo sus manzanas. Manzanas girando a mí alrededor, flotando en el aire, enloqueciéndome. Cuando decidí marcharme tomé la decisión sin cautela, era un tiempo confuso, informe. Caminé largos días deteniéndome por instantes para cobijarme en las matas más espesas. Me parecía que los árboles desfilaban delante de mí cumpliendo un rito, como si quisieran abolir algo que yo desestimaba o bien conocía demasiado. Quizá era una forma de tratar el secreto sin violentarlo, calladamente. Una ofrenda a la oscuridad, una oscuridad esmaltada por el tiempo. Permanecí en silencio contemplando la extraña ceremonia, acechante, sin temor. A pesar del desorden interior no dudé que había emprendido mi camino.

Cuando avisté el mar sentí alivio. El mar era uno solo y a la vez todos los mares pero yo estaba apegada a otra sal, la de la tierra. Me embarqué como una autómata en un buque de carga cuyo destino ignoraba.

Nadie reparó en mi aspecto como si acaso fuese un fantasma o una aparecida. Pasados unos días me preguntaron por qué estaba allí, casi sin sorprenderse, con cierto desdén, como si el mar los hubiera acostumbrado a tratar lo imprevisible. Me asignaron tareas, nada que no pudiera hacer. Mi rutina comenzaba a la mañana y al atardecer volvía al camarote. Una noche, una pesadilla me despertó sobresaltada. Subí a cubierta y la angustia se apoderó de mí, el horizonte había cambiado, ya no se divisaba la Osa Mayor y aparecían los tenues reflejos de la Cruz del Sur. Perdía mis últimas referencias, como si se me anunciara un ocaso definitivo.

No volví a ver el cielo hasta que desembarcamos, en realidad casi siempre yo habitaba en el infierno. Cielo, infierno ¿de dónde me venían esas palabras? No lo recordaba, mi cabeza era un terreno baldío. Me trasladaron a un hotel de inmigrantes, que no tardé en abandonar. No tenía motivos para irme ni tampoco para quedarme, en medio del caos no existen las razones.



Volví a deambular. Pensé que si no estaba en un lugar, nada ni nadie me alcanzarían. Era de noche cuando llegué a una ciudad como tantas otras que había recorrido. Caminé por las calles hasta toparme con una fuente solitaria en medio de la única plaza. Me detuve a lavarme la cara y a tomar agua que me pareció tenía un gusto amargo, como a olvido. De pronto algo me inquietó. Sobre la fuente se proyectaba una sombra, mi propia sombra. Nada preanunció lo que iba a ocurrir. Ningún aura, ningún aviso. Saqué un adoquín del empedrado de la calle y de inmediato algo pesado rodó por el suelo. Destruí la fuente sin imaginar de dónde provenía ese furor, ese arrebato. Terminé extenuada, como si de pronto hubiera alcanzado algún registro de mi cuerpo. Me dormí en medio de los escombros. Había acontecido algo definitivo.

Desperté en una habitación casi vacía. Miré por la ventana, otras casas replicaban la que me alojaba. Cuando salí de la postración los médicos comenzaron a olvidarse de mí. Respiré tranquila y ellos también. Me pregunté por qué estaba allí. El descuido del lugar no tardaría en darme la respuesta, en una cajonera encontré mi historia clínica. En forma minuciosa se relataba el episodio de la fuente. Sentí pudor y sobresalto al mismo tiempo. En una de las anotaciones apenas inteligible se describía que había padecido un cuadro de exaltación psicomotriz. Líneas más abajo se barajaban distintos diagnósticos.

Los médicos habían sido amables conmigo y parecían tener tantas dudas como yo misma.

Volví a leer detenidamente el historial registrando cada palabra como si acaso cifrara mi destino. Al inicio estaba mi nombre, Ana. Ana, volví a repetir. Como si todo se apoyara en esa fundación. Ana me dije de nuevo, como aferrándome a un origen, si es que existiese alguno.

Los días siguientes comencé a caminar por el predio que era extenso y silencioso. El aturdimiento había cesado. Las ideas aparecían ahora fluidas como torrentes en los que podía navegar aunque avizorara algún peligro. Busqué los pensamientos más recónditos, más constantes, sin encontrar ninguna imagen tangible. Volví entonces al instante previo a que destruyera la fuente. Me desdije. Recordé algo anunciado por una voz que no supe de dónde me llegaba. La voz había manifestado una frase irreconciliable: para apaciguar a los muertos se necesitan gestos severos.

¿Pero a qué muertos refería? Los gestos habían sido convulsos, el acto desmesurado, excesivo ¿pero acaso existe otra manera de abordar la muerte? ¿Y los muertos? ¿Qué muertos requerían esos gestos?

Soñé noches y noches como si fuera una ordalía. Soñé la fuente como un templo, como una máscara, como un bosque, como un dios, como un niño. Una fuente infinita.



Parecía que cada imagen se correspondiera con alguno de los escombros, un punto se continuaba con el otro hasta volver al inicio.

Soñé un manantial desembocando en una amplia fuente contenida en la tierra, con tupidas cañas extendidas en sus márgenes. Se ingresaba atravesando un sendero escoltado de una enorme pecera. Me detuve a contemplar los peces que adherían sus bocas a los vidrios como si quisieran decirme alguna confidencia. Pero intuí que debía continuar, dar otro paso que me aproximara quizás a una verdad en espera, suspendida.

Me asombró observar matorrales de papiros en medio del agua. Al acercarme a ellos sobrevino el despertar. Miré desolada la mano vacía intentando tomar alguna de las hojas dispuestas en estrella.

Estaba de nuevo a la deriva. Temí la inercia, un pantano en el que ineludible me ahogaría, pero los sueños volvieron en mi amparo. Ahora había hojas de loto flotando

sobre el agua y una planta de papiro se mostraba solitaria. El delgado tallo se transformaba en un pergamino alargado, un pergamino abierto a la nada.

Supe entonces que tenía que dibujar ese vacío, trazar su cartografía, invocar la memoria. Recordé un cementerio pleno de cruces en la cima de una montaña. Descendiendo por el lado opuesto al camino que me condujo al mar el monte albergaba numerosas fosas. Un punteado melancólico se extendía cubriendo toda la geografía.

Recordé una fosa abierta al cielo, un reloj, una camisa, cuerpos encimados, unas botas, una cadena, una foto, una sombra, una fuente infinita. Un vínculo con lo que no tiene nombre. Agujeros abiertos en la tierra para que se derramaran mis sueños por las noches. La mirada herida para siempre, las agujas recorriendo los tobillos. Un toldo cubriendo el universo. Ahora comprendía todo o acaso no comprendía nada. Algo inaugural que al mismo tiempo se cerraba.

De a poco las manzanas empezaron a recobrar su color y su nobleza. Recordé los olivos y el olor a cigarro. Recordé los avellanos y los castaños. El aroma de las glicinas, el aljibe en un rincón del patio. Recordé los eucaliptos plantados por mi abuelo.

Ahora volvía sobre mis pasos. La habitación seguía en silencio. Me vi en un espejo, recogí el ovillo que estaba sobre la cama, me adentré en una zona de palabras conocidas. Alisé la ropa, supe que regresaría.



Gerardo M. García

Contame-la →
